

Carmen Bon Vivant

Mini E-book

Deseo en el Vagón

Relato 004



ADVERTENCIA CONTENIDO ADULTO

ESTE RELATO ES UNA OBRA DE FICCIÓN ERÓTICA
DESTINADA EXCLUSIVAMENTE A ADULTOS
MAYORES DE 18 AÑOS.

CONTIENE TEMAS DE DOMINACIÓN, EXPLORACIÓN
SENSUAL Y PLACER CONSENSUAL.

SI NO ERES MAYOR DE EDAD O SI ESTE TIPO DE
CONTENIDO TE INCOMODA, POR FAVOR, NO
CONTINÚES.

RECUERDA: EL PLACER REAL SIEMPRE DEBE SER
SEGURO, CONSENSUADO Y EMPODERADOR.

PARTE I

EL ENCUENTRO

El último tren de la tarde salía a las ocho, pero en invierno la oscuridad ya lo envolvía todo como un manto negro, convirtiendo el andén en un escenario solitario y frío.

Viajaba sola, como siempre en estos trayectos rápidos: iba a Madrid para cerrar un contrato importante con un cliente clave, uno de esos acuerdos que no solo llenaban mi agenda, sino que me inyectaban esa dosis de adrenalina que tanto me gustaba.

Era el tipo de vida que había elegido: independiente, sin ataduras emocionales que me frenaran, con la libertad de moverme de ciudad en ciudad, cerrando tratos y disfrutando de los momentos inesperados que surgían en el camino.

Me gustaba esa independencia, elegir mis asientos, estirar las piernas y perderme en mis pensamientos o en el repaso mental de las negociaciones pendientes.

Elegí un vagón casi vacío, uno de esos con mesitas enfrentadas para cuatro personas, pero solo ocupé un lado, dejando mi bolso en el asiento de al lado para disuadir a cualquiera que pensara en invadir mi espacio.

Llevaba un abrigo largo de lana gris que cubría mi falda ajustada de lana negra, botas altas de cuero que subían hasta las rodillas y un suéter de cachemira suave que insinuaba mis curvas sin exagerar, con un escote sutil que dejaba entrever el encaje de mi sujetador.

El traqueteo del tren empezó, un ritmo constante y hipnótico, y yo me relajé, mirando por la ventana el paisaje borroso de luces lejanas que parpadeaban como estrellas caídas en la noche.

No pasó mucho hasta que noté a alguien entrar en el vagón, rompiendo el silencio con el roce de una maleta contra el suelo. Alto, con un abrigo oscuro que le daba un aire misterioso, se detuvo un momento escaneando los asientos disponibles, como si evaluara no solo el espacio, sino también a los ocupantes.

Sus ojos se posaron en mí, y sentí esa chispa instantánea, esa evaluación mutua que ocurre en los lugares públicos, donde un segundo de contacto visual puede decir más que una conversación entera.

Se sentó enfrente, en el asiento diagonal al mío, dejando la mesita entre nosotros como una barrera inocente pero cargada de potencial.

"Buenas noches", murmuró con una voz grave y educada, mientras sacaba su teléfono de un bolsillo interno. Respondí con una sonrisa cortés,

"Buenas", y volví a la ventana, pero ya estaba consciente de él: olía a colonia fresca con un toque amaderado, tenía manos fuertes con venas marcadas que sugerían fuerza contenida, y una mandíbula cuadrada que hablaba de confianza, pero no de arrogancia.

Era el tipo de hombre que captaba la atención sin esfuerzo, y yo me pregunté si él sentía lo mismo.

Al principio, fue solo miradas robadas.

Yo cruzaba las piernas, sintiendo el roce sedoso de mis medias contra la piel, y notaba cómo sus ojos se desviaban de su pantalla hacia mis botas, subiendo un poco por mis pantorrillas antes de volver a su teléfono.

Él fingía leer algo –quizá un email o una noticia–, pero cada vez que el tren daba un bandazo en las curvas, nuestros pies se rozaban accidentalmente bajo la mesa, un contacto efímero que enviaba una pequeña descarga eléctrica.

La primera vez, se disculpó con una risa suave y genuina: "Perdón, estos trenes son impredecibles, ¿verdad?". Yo negué con la cabeza, sonriendo con un toque juguetón: "No pasa nada, el viaje es largo y cualquier cosa que lo haga menos aburrido es bienvenida".

Eso abrió la puerta, como una invitación sutil.

Empezamos a charlar: él iba a una reunión de trabajo también, algo sobre finanzas en una firma internacional, y yo le conté lo justo de mi contrato, manteniendo el misterio para que no supiera demasiado pronto.

El vagón estaba tan vacío que nuestras voces resonaban íntimas, como si fuéramos los únicos en el mundo, con el zumbido del tren como fondo sonoro que amortiguaba cualquier posible interrupción.

La intensidad creció poco a poco, como una llama que se aviva con el viento. Sus ojos se demoraban más en mis labios cuando hablaba, siguiendo el movimiento de mi boca mientras yo relataba una anécdota ligera sobre un viaje anterior.

Yo jugaba con el borde de mi suéter, dejando que el escote se abriera un milímetro más, revelando un atisbo de piel suave y el encaje negro que contrastaba con mi tono de piel.

"El tren vibraba con más fuerza en una sección de vías irregulares, y en uno de esos momentos, su rodilla rozó la mía bajo la mesa. No se apartó de inmediato; en cambio, presionó ligeramente, probando los límites, como si midiera mi reacción. Sentí un calor subir por mis muslos, un hormigueo que se extendía hacia arriba, y lo miré directo a los ojos, arqueando una ceja con un desafío juguetón. "Parece que el tren nos empuja juntos", dije, mi voz baja y ronca, cargada de insinuación.

Él sonrió, un tanto depredador pero atractivo: "Quizá no sea solo el tren; a veces el destino tiene su propia agenda".

Sacó su teléfono de nuevo, fingiendo mostrarme algo: "Mira esto, es un meme sobre viajes aburridos que me acaban de enviar". Se inclinó sobre la mesita, pero en lugar de quedarse enfrente, se movió al asiento a mi lado con naturalidad, como si fuera lo más lógico del mundo. "Así lo ves mejor", justificó, su hombro rozando el mío en un contacto cálido que hizo que mi pulso se acelerara.

Ahora estábamos cerca, demasiado para extraños en un tren público, pero esa proximidad era electrizante.

Su perfume me envolvía como una niebla sutil, mezclándose con el olor metálico del vagón, y mientras mirábamos la pantalla, nuestras manos se rozaron accidentalmente al señalar algo en el meme, un contacto eléctrico que duró un segundo de más, enviando un escalofrío por mi brazo.

Reímos juntos, una risa compartida que rompió cualquier tensión residual, pero no nos apartamos; en cambio, su codo se apoyó en el reposabrazos compartido, presionando sutilmente contra mi brazo, enviando un cosquilleo por mi piel que se acumulaba en mi vientre.

Hablamos más, de viajes pasados y de las locuras que uno comete en el camino, y yo incliné la cabeza hacia él, dejando que mi cabello rozara su hombro, mi aliento cerca de su oreja cuando susurré una anécdota divertida sobre un retraso en un aeropuerto que terminó en una noche inesperada.

Él respondió inclinándose más, su mano cayendo casualmente en el asiento entre nosotros, los dedos rozando el borde de mi falda como si ajustara su postura por el movimiento del tren.

El calor entre nosotros crecía, palpable, y en un bandazo más fuerte del tren, su palma se posó brevemente en mi muslo para "estabilizarse", pero se quedó ahí un instante, sus dedos cálidos contra la tela, probando mi reacción con una mirada de reojo.

No me moví; en cambio, crucé las piernas hacia él, dejando que su mano se deslizara un poco más arriba, sintiendo el pulso de mi propia excitación crecer con cada segundo.

PARTE II

LA CULMINACIÓN PROHIBIDA

El increscendo era delicioso, un juego de anticipación que me hacía morderme el labio interiormente.

Su mano libre bajó bajo la mesa con más intención ahora, rozando mi rodilla como por accidente al principio, luego trazando una línea lenta y deliberada por el interior de mi muslo, sobre la falda, subiendo centímetro a centímetro hasta sentir el calor de mi piel bajo las medias.

No me aparté; en cambio, abrí un poco las piernas, invitando silenciosamente, mi respiración volviéndose más profunda mientras observaba su rostro, viendo cómo sus pupilas se dilataban con deseo.

Él captó la señal, y sus dedos subieron hasta el borde de mis medias, deteniéndose ahí para trazar círculos suaves, torturantes, que me hacían apretar los músculos internos.

Mi corazón latía fuerte, pero el riesgo me excitaba: el vagón seguía vacío, pero ¿y si entraba alguien en la próxima parada? ¿Y si el revisor pasaba con su linterna?

Eso solo hacía que el calor entre mis piernas creciera, una humedad que ya se filtraba a través del encaje.

Yo respondí con audacia, dejando mi mano caer en su regazo bajo la mesa, sintiendo ya la dureza creciente bajo sus pantalones, una protuberancia que palpitaba contra mi palma.

"Cuidado", susurré con una sonrisa maliciosa, pero apreté suavemente, sintiendo su polla endurecerse más bajo mis dedos, el calor irradiando a través de la tela.

Abrimos la mesita plegable como excusa perfecta, fingiendo que compartíamos algo en su teléfono –un mapa o una app de viajes–, pero debajo, el juego se intensificaba.

Sus dedos apartaron el tanga con delicadeza, deslizándose dentro de mí, lentos y exploradores, curvándose para rozar las paredes sensibles, sacando un suspiro ahogado de mis labios.

Yo lo masturbaba despacio, desabrochando sutilmente su bragueta para sentir la piel caliente directamente, mi pulgar jugando con la punta húmeda, untando el pre-semen en círculos que lo hacían tensarse en el asiento.

Nuestras respiraciones se aceleraban, sincronizadas con el traqueteo, pero manteníamos la compostura arriba: él hablaba de su trabajo con voz ronca, yo asentía fingiendo interés, mientras abajo el placer subía en oleadas calientes.

"Estás tan mojada, tan lista", murmuró en mi oído, su aliento caliente contra mi cuello, enviando escalofríos.

"Y tú tan duro, tan ansioso", respondí, apretando más, llevándolo al borde solo para detenerme justo cuando temblaba, prolongando la tortura mutua.

Él hizo lo mismo, curvando los dedos para rozar ese punto interno que me hacía arquear la espalda ligeramente, mordirme el labio para no gemir en voz alta, el placer acumulándose como una tormenta inminente.

No podíamos aguantar más; el aire entre nosotros estaba cargado de electricidad, y el riesgo de ser descubiertos solo avivaba el fuego.

"El baño", susurré, mi voz un hilo ronco, y nos levantamos con disimulo, yo primero, ajustando mi falda con manos temblorosas, él siguiéndome a una distancia prudente pero urgente.

El pasillo estaba desierto, las luces tenues parpadeando con el movimiento, pero el corazón me martilleaba por el riesgo: ¿y si alguien nos veía entrar juntos? ¿Y si un pasajero salía de otro vagón?

El baño era estrecho, con ese olor a desinfectante mezclado con el metal del tren, y el traqueteo amplificado que hacía vibrar las paredes. Cerramos la puerta con un clic que sonó como un disparo en el silencio, y él me empujó contra el lavabo con una urgencia contenida, sus manos subiendo mi falda mientras yo desabrochaba su cinturón, liberando su polla gruesa y venosa, que saltó libre, caliente y palpitante en mi mano.

La lamí rápida pero deliberada, saboreando la sal de su excitación, mi lengua girando alrededor de la cabeza mientras él gemía bajito, sus dedos enredándose en mi cabello.

"Fóllame", le ordené, girándome y apoyándome en el espejo empañado, mis manos contra el vidrio frío que contrastaba con el calor de mi cuerpo.

Él obedeció, guiándose dentro de mí desde atrás, centímetro a centímetro, estirándose deliciosamente hasta llenarme por completo, un gemido escapando de ambos al unísono.

El tren vibraba, sincronizándose con sus embestidas iniciales lentas, profundas, cada una enviando ondas de placer por mi espina dorsal.

Mis tetas rebotaban contra el vidrio frío, endureciendo mis pezones, y él las apretaba desde atrás, pellizcándolos con firmeza mientras aceleraba, follándome más duro, su pelvis chocando contra mis nalgas con un ritmo que hacía eco en el pequeño espacio.

El riesgo nos volvía locos: un golpe en la puerta y todo acabaría en escándalo, pero eso solo hacía que me corriera primero, mi coño apretándolo en espasmos intensos, oleadas de placer que me recorrían como electricidad, ahogando un grito contra mi mano para no alertar a nadie fuera.

Él no tardó en seguirme, gruñendo en mi cuello mientras se corría dentro de mí, caliente y abundante, sus caderas temblando contra las mías en un clímax que nos dejó jadeando, sudorosos.

Nos quedamos un momento así, unidos, el tren rugiendo alrededor como un cómplice, mis paredes internas aún contrayéndose alrededor de él en réplicas de placer.

Luego, nos arreglamos en silencio, ajustando ropas con sonrisas cómplices, volviendo a los asientos como si nada hubiera pasado, aunque el aire aún olía a sexo y excitación.

Antes de mi parada, él sacó una tarjeta de su bolsillo: "Me encantaría volver a verte; ha sido... inolvidable".

La tomé, sonriendo con picardía, pero justo antes de salir del vagón, la dejé conscientemente en la mesita, bien visible junto a la ventana, porque estaba segura de que él miraría hacia afuera para verme alejarme por el andén, y en ese momento su mirada caería en la tarjeta abandonada.

No quería complicaciones, números que llamaran o promesas que ataran; solo el placer del momento, la libertad de una mujer que toma lo que desea, saborea cada instante y sigue adelante sin mirar atrás.

El tren se alejó en la noche, sus luces desvaneciéndose, y yo caminé hacia mi hotel con pasos seguros, el cuerpo aún temblando de satisfacción, el eco del traqueteo en mis venas como un secreto bien guardado.

SOBRE LA AUTORA



Soy Carmen Bon Vivant, Dómina experimentada, terapeuta sexual, masajista tántrica y perito judicial en hipnosis.

Con mi bagaje profesional que incluye técnicas hipnóticas avanzadas empleadas en el arte de la sugestión, fusiono el poder de la dominación con métodos terapéuticos y tántricos para guiar a individuos y parejas en el despertar de su energía erótica.

Mis relatos, tejidos entre vivencias reales y anhelos profundos que brotan de mi mente, invitan a explorar límites con confianza, placer y una sutil manipulación de la mente que libera el alma y el cuerpo – ¿qué es verdad vivida y qué es un sueño susurrado? Solo yo lo sé, pero tú puedes adivinarlo, dejando que el misterio encienda tu propia fantasía.

Visita mi web www.carmenbonvivant.com para conocerme más, reservar una sesión personalizada o descubrir más audios y relatos eróticos.